

Texto: Margaritainés Restrepo Santa María
Fotografías: Gloria Elena Monsalve
De El Colombiano

Bajo el sol y cerca de la ropa que colgaba de los alambres. Sentada en una banca, la pequeña agachaba la cabeza, mientras su madre le mojaba el pelo y le hacía los cholos.

A las 8 de la mañana, en los alrededores de la Universidad de Antioquia, rostros cotidianos le daban la bienvenida a un domingo de elecciones. Le echamos el ojo, "Doña Democracia"... ¡Y vimos cómo su rostro se transformaba!

En domingo. Muy maquillada. Con banderas, viseras, pitos, bombas, camisetas multicolores, risas y consignas.

Pero no fue una... fueron muchas sus caras. Rostro pensativo, de ventero ambulante y madrugador que, a las 8 y media, esperaba clientela para cinco barquillos que tenía en su viejo carro de helados. Rostro solitario de anciano recostado en un semáforo.

Su rostro, Señora Democracia. Maternal e impaciente en la mujer que llamaba a su hijo desde la puerta de un tugurio. Cara de deber, en el par de jóvenes que se dedicaban a brillar la capota de dos buses, al frente del Parque Norte. Democracia con cara de Virgen del Perpetuo Socorro, de invitados a La Última Cena, en los cuadros de un grupo de negociantes que salían a hacer el jornal del día, por los lados del Jardín Botánico.

ALUCINADO Y TRASNOCHADO

Pero su rostro también fue el de dos niños tristes que se arrinconaban contra las tablas de una casucha, muy distanciados del rostro de niña juguetona tirada sobre un prado. Maquillada. Pero su rostro fue, también el de colombiano alucinado, deambulando con su bulto al hombro, por las calles.

¡Qué cara la suya!... Cara de dos enamorados que dejaron su constancia en un muro del barrio Miranda —Sandra y Johnny—. Y la cara de Beatriz, que no alcanzó a escribir el nombre de su pareja. Cara de un activista desilusionado —"esto es mucho desorden"—, y de otro, muy posesionado —"que se venga para acá, que acá la cuadrarnos"—.

¿Qué cara tiene usted?... Buscamos la respuesta en la señora que regaba el jardín de una iglesia. En los que podaban las matas de cartuchos por Manrique. En el Punk de pelo teñido y ojo trasnochado sentado en una acera. Y en esos dos muchachos que se despedían del guayabo en una terraza de Aranjuez.

Rostro cambiante, Doña Democracia. De mirada perdida, en aquel hombre que cuidaba la entrada de su vieja casa, de ventanas verdes y paredes blanqueadas y descascaradas. Cara de despecho, en un cua-



¡Oiga doña! ¿no cree que a nosotros nos deben dejar votar de primeras?



Hum... ¿voto o no voto?

¡Qué cara la suya, doña democracia!



¿Qué será lo que pasa?



¡Ay, Dios! Ya se me embolató el almuercito

rentón que bebía guaro, a pico de botella, al lado de una tienda, en día de ley seca.

La vimos hasta con cara de ciudadano resignado, en un puesto de votación de Prado —"uno tiene el deber de servirle a la democracia, no de achichorranarse en aras de la democracia"—. Con cara de desquite, en personas que se acercaban a las listas, a buscar el número de su mesa —"yo no

entiendo nada, busque usted"—. Y no faltó su cara de desconfianza, en mujeres repetían una y otra vez: "no se deje cambiar su voto".

SEDUCTORA Y FRUSTRADA

No ocultó ningún rostro, "Señora". El de la seducción —"llévele el voto a Amparo y a Emilia, dígame que vengan y me

busquen; que a esa señora le pagamos la escuela de sus dos hijos, claro que nos tenía que traer el recibo"—. Apacible y sumiso, en la anciana que se dejó llevar de la mano. De catedrático, en el votante que hablaba de su voto como un premio a la disciplina de un candidato. Y el rostro temeroso de la democracia, en las caravanas de carros militares que se arrimaban a los barrios y a quienes una joven les

estiraba un sobre, cuando pasaban.

Rostro de reparador de licuadoras, con maletín en mano, cerca de la Casa Gardeliana. Rostro del civismo frustrado —"uno no debe pisar los prados... pero como aquí ya no hay prados"—. Cara de la seguridad poco convincente —"es el único que sirve en este pueblo. ¿Quién? cómo es que se llama..."—.

Qué alegre se veía usted en algunos sitios, "Señora". Pero su alegría no pudo ocultar la respiración agitada de esa señora —"casi no subo esa falda"—. La salud delicada del anciano —"no puedo hacer ningún esfuerzo, que nada de cargar cosas pesadas"—. La impaciencia —"es el colmo; si me registré aquí era para no voltiar; ahora no aparece mi cédula"—. Y la pereza de un jurado —"cuando será que se acaba este diita"—.

Si Misiá Democracia. Se mostraba este domingo, sin recelos. Cerca de las flores de los curazaos. En el señor que se peluqueaba en la 45. En las risas de quienes trataban de meter un gol, en una cancha de barrio. En la señora que quería ser religiosa por unos minutos... para encuciarse el meñique, y no el índice. En la que afirmaba que nunca en su vida había podido votar limpiamente... mientras mostraba manchas de tinta en la mano.

SORPRESA Y MARRULLA

Cara de amor, también, en un sardinel de la calle Colombia. Cara de yo no fui en el que comía empanadas en la puerta de su casa. Un "¿qué está pasando?", en la cara de un perrito de moño rojo. Y de complicidad, en los secretes de un par de damas.

Se mostró enterita, señora. En el grito de unas chicas activistas, con rostros que se debatían entre el entusiasmo y la histeria. En el ceño fruncido de la señora que exhibía un "voto con rebeldía", en su camiseta. En la anciana de escoba en mano —no sabemos si de "escoba" en voto— que disimulaba el dolor de su tobillo vendado. Le vimos cara de sorpresa y de interrogante. Cara de satisfacción. Y un rostro marrullero en el "me dejaron pintar el dedo", de una niña de 8 años.

Muy engalanada "Doña"... Pero con un montón de miradas aburridas y caras largas en las mesas de las grandes concentraciones. Cara de costurera en un jurado. De hambre, en otro que media su porción de panelita. Y su mal genio se vio en los que se peleaban el turno de la mañana. Y su intención de paseo, en los niños que iban de la mano con sus padres.

Cara de todo, la suya, Doña Democracia. De "desocupe", en mesas que hacia el mediodía tenían 9 votos en sus urnas. De indiferencia, en los que hacían siesta en los parques. De lunes cotidiano en la joven que barría la acera, en pijama.

Y muy repetido, su rostro silencioso, pensativo, a veces amodorrado, de ciudadanos parados en las puertas y asomados por las ventanas. Cara de todo. Hasta de desencanto, en cientos de personas que no siguieron las normas inglesas del cumplimiento, y a quienes, a las cuatro de la tarde, la democracia les cerró sus puertas, y les dio la espalda.

¡Qué cara, la suya, Doña Democracia!



¡Adivina, Adivina... so!



Pues sí... Democracia



¡Eche ojo!



Estos son... No lo piense más



La respuesta no es tan sencilla